

A partir de Ezequías, los hebreos habían sido bastante aficionados a escribir. Al condenarlos el destierro a una vida sedentaria y retirada, aumentó esta afición. Muchas páginas hebraicas se escribieron junto a los canales de Babilonia. Las antiguas escrituras se habían llevado allá muy desordenadamente y se intentó arreglarlas. Hemos visto que la Thora estaba abierta todavía y a nadie se le ocurrió considerarla terminada. Las páginas de los profetas, de tono muy uniforme, se mezclaban con deplorable facilidad. Posiblemente entonces se notaran muchos claros y errores y se arreglaran torpemente. Pero es falsa la creencia extendida de que la literatura hebraica, deshecha cuando la toma de Jerusalén, se rehiciera de memoria durante el cautiverio o más adelante. La transmisión de los textos antiguos se hizo mal, pero se hizo. Ezequiel cuando la primera deportación debía de tener libros consigo. Tampoco abandonarían los deportados de 588 tales tesoros que desde la destrucción del templo eran para ellos el alimento de la vida.

Los anales de los reyes de Israel y de Judá hasta el fin de Joiaquim existían en un estado completo. Lo relacionado con los reinados de Joiaquin y Sedecías lo conservaban en la memoria los discípulos de Jeremías. Baruch debía de estar en el centro de este trabajo. El fin del segundo Libro de los Reyes tiene gran conexión con el libro de Jeremías. El editor de Jeremías debía de ser el arreglador de las últimas páginas del Libro de los Reyes desde Manasés. El abreviador que mediante tijeretazos puso estos anales en el estado actual, debió de llegar después.

Las desgracias de la época causaron la creación de un libro de elegías o lamentaciones, que se llamó *Shepher qinoth*. En él se colocaron algunas composiciones antiguas, como elegías sobre la muerte de Josías, que pasaron por obra de Jeremías. Pronto se les unieron fragmentos de una retórica algo artificial, cuyo asunto constante eran la toma de Jerusalén y el cautiverio del pueblo, fragmentos atribuidos también a Jeremías. Parece que se cantaban solemnemente en ciertas ocasiones. Algunos salmos lacrimosos, que expresan el arrepentimiento tuvieron quizás el mismo origen, pero es muy difícil discernirlo, porque los acentos luctuosos serán en adelante la nota corriente de los himnos de Israel.

La costumbre establecida desde los años que siguieron a la ruina de Jerusalén debió de contribuir mucho a desarrollar esta literatura de cantos elegiacos. Consistía en el uso de consagrar con ayunos los días conmemorativos de catástrofes, como el comienzo del sitio, la toma de Jerusalén, el incendio de la ciudad y del templo, en los meses de tammuz, ab y tebet.

Dichos ayunos iban acompañados de lágrimas, de señales de duelo y de cese de cualquier trabajo.

Difícilmente creemos que los judíos que se quedaron en Judea tuvieran una actividad literaria durante el destierro de la parte más noble del pueblo, pero posiblemente en esto nos engañe la imaginación. Algunos críticos atribuyen a los judíos de Palestina los capítulos XXIV-XXVII del libro de Isaías y el V de las Lamentaciones.

Seguramente la muerte de Ezequiel ocurrió en 560. Sus obras, consis-

tentes en composiciones escritas, no en discursos tardamente redactados, fueron fáciles de recoger. Ezequiel no tuvo una escuela tan compacta como Jeremías. El libro de sus visiones fue menos leído y por lo tanto menos interpolado.

Tal vez, el libro de Ezequiel sea el único de la Biblia que no haya sido reformado mucho.

Según parece, las obras de Isaías estaban aún bastante desordenadas. Pronto fueron interpoladas gravemente.

El profetismo mantuvo durante el tiempo del cautiverio ilustres continuadores, siempre en la línea pura del genio de Israel. Todavía se escribía perfectamente. Los libros antiguos eran como clásicos que conservaban el lenguaje y a los que se trataba de imitar. La influencia oriental que se supone ejercida sobre los judíos deportados, fue mínima. En lugar de abrirse a las ideas exteriores, el espíritu judío se concentra más que nunca en sí mismo, en sus tradiciones, pasiones y odios. No sueña más que con Jerusalén. El judío de entonces, como el musulmán de ahora, iba al extranjero con los ojos cerrados y no aprendía nada. No penetró ni un dato científico en aquellas conciencias cerradas. Las ideas de cosmogonía caldea, cuya huella se encuentra en las primeras páginas del Génesis, fueron tomadas mucho antes. La Babilonia del siglo VI antes de J. C. no estaba en condiciones de dar lecciones de teología depurada. Los dos judíos más eminentes de aquella época, el poeta de *Super flumina* y el autor de la segunda parte de Isaías, nada deben a la influencia de aquella Babel, cuya ruina deseaban. Los cambios en el espíritu judío que se atribuyen al cautiverio, son más bien de la restauración de Zorobabel y de Josué, hijo de Josadaq, y todos estos cambios surgen de un antiguo concepto israelita, como la escuela de Elías, los profetas del siglo VIII, Isaías, los *Anavim*, Jeremías y Ezequiel lo habían formulado.